

Nuevas inquisiciones

Enrique Krauze

LEGADO NOVOHISPANO

Entre las muchas cosas grandes y maravillosas que México heredó de Nueva España, no está nuestra peculiar concepción del Estado ni las infinitas variantes de nuestro dogmatismo. A aquellos tres largos y pacíficos siglos de "siesta colonial" —como la ha llamado Luis González— debemos muchas bendiciones en el orden de los valores éticos, estéticos, vitales y religiosos pero muy pocas en los ámbitos de la cultura política e intelectual.

Arraigadas en el alma popular, numerosas estrías culturales recorren los siglos, intocadas. Allí están, por ejemplo, los refinamientos de la cocina, con sus moles y sus dulces. O las joyas del arte barroco, las plazas y las capillas que forman parte del paisaje mexicano como los volcanes y los magueyes. Allí está también la religiosidad del pueblo, enclave de cristianismo primitivo en el siglo XX hecho de fervor y piedad, de caridad y resignación. De la Conquista espiritual provienen —como vio Silvio Zavala— dos nociones de convivencia humana que enaltecen moralmente a estas tierras por encima de muchas otras: la igualdad y la libertad naturales. La primera matizó las crueles diferencias por motivos de raza y color que desgarran, hasta ahora, a los países más modernos. La segunda suavizó las formas de servidumbre y atenuó, desde un principio, las prácticas de esclavitud tan comunes en las colonias anglosajonas. Y desde luego está la herencia mayor, el idioma español en que hablamos y escribimos creativamente desde el Siglo de Oro.

Pero junto a estos prodigios, Nueva España nos dejó otras costumbres que no ayudan a la convivencia inteligente y civilizada ni a nuestro desarrollo autónomo. Me refiero, por ejemplo, al espíritu escolástico contra el que ya se rebelaban los jesuitas ilustrados del siglo XVIII. Esa fe ciega en la existencia de verdades inmutables, exclusivas y excluyentes, esa costumbre de descansar en textos sagrados (la *Summa teológica*, la Constitución del 17, el vasto opus marxista que circuló en las universidades públicas hasta hace unos años) en lugar de tener ideas propias, proviene de las pontificias aulas de la Colonia. Lo mismo cabe decir de la integración del intelectual al poder, esa fascinación por buscar el oído del Rey (Virrey, General, Alteza Serenísima, Señor Presidente) en vez del ojo del público. Si Felipe IV de España pudo tener 223 escritores —criados a sueldo en su corte, ¿cuántos intelectuales han desfilaro sumisamente por los Pinos en la era dinástica del PRI? Otros ecos coloniales que sobreviven son el chambismo (que en el siglo XIX se llamaba "empleomanía" y sobre cuyos perniciosos efectos escribió el doctor Mora: "altera profundamente las facultades activas de un pueblo, destruye el carácter inventivo y emprendedor"), el espíritu cortesano con todo y su pasión específica —la envidia—, y la corrupción que confunde

los puestos y funciones públicas con la propiedad privada.

Nuestra vida política resiente, en particular, una tenaz herencia autoritaria y paternalista que no asertamos a entender cabalmente y, por lo tanto, no logramos superar. A pesar del vasto desprestigio que ha sufrido la noción del Estado proveedor (interventor, dador, planificador, centralizador, rector) en este fin de siglo, nuestra pobre imaginación política sigue atribuyendo al Estado mexicano un carácter o una vocación providencial. Del Estado —así, con mayúscula siempre— debemos esperar todo, al Estado debemos sacrificarlo casi todo. La frase "vivir fuera del presupuesto es vivir en el error" puede interpretarse como una cínica celebración de la vida becaria o puede entenderse también como un sincero acto de fe. El Estado colonial, en especial el de los Austrias, inspiraba, en efecto, adhesiones similares. Según el extraordinario examen de Richard Morse en su libro *El Espejo de Próspero*, aquel régimen obedecía a una concepción neotomista cuyos rasgos cardinales eran, además de su misión providencial, el patrimonialismo, el corporativismo y el orden jerárquico. El Estado incorporaba en su amplio seno a toda la sociedad como una familia regida por una cabeza patriarcal. ¿Qué vida política cabía esperar de un orden estático como aquél, hecho para durar, no para cambiar? Desde luego no la democracia, sino una persistente nostalgia por la monarquía borbónica que quisimos ser y una persistente ceguera ante la monarquía subrepticia que desde el Porfiriato hasta nuestros días seguimos siendo.

Nuestra vida intelectual resiente una herencia no menos maligna: el dogmatismo y su pareja natural, la intolerancia. De generación en generación, una especie de inquisición portátil recorre México a través de los siglos sin permitirnos aprender el no tan difícil arte de sentarnos a discutir con fundamentos, a escuchar razones y ponderarlas, a tolerar discrepancias, a tratar de convencer y arriesgar ser convencidos. Otros pueblos más afortunados en este aspecto tienen ágoras en el inconsciente colectivo. Nosotros tenemos al Santo Tribunal de la Inquisición que sigue buscando con ardor pruebas de herejía, apostasía o error.

CONTAGIOS DE INTOLERANCIA

Aunque este espíritu sobrevivió hasta cierto punto en los conservadores del siglo XIX (que trataban contra las ideas exóticas y las "vanas utopías" republicanas), y terminó por contagiar también a los liberales, los padres fundadores de ambos partidos históricos —Lucas Alamán y el doctor Mora— pudieron todavía entablar un cierto diálogo indirecto a través de sus respectivas interpretaciones políticas e históricas. Alamán detestaba todo lo que nos asemejara a los Estados Unidos —el federalismo, los congresos, las elecciones, las nuevas ideas del siglo— pero se expresaba con plena libertad en los

excelentes periódicos doctrinarios de la época. Si no creía en la libertad de pensamiento al menos la ejercía. En cuanto a Mora, padre fundador del liberalismo mexicano, si algún dogma político tuvo fue el rechazo a los dogmas políticos: los hombres públicos —escribió— "tienen derecho a mandar pero no a erigir las doctrinas en dogmas, ni obligar a los demás a su creencia. Este absurdo derecho supondría la necesidad de un... cuerpo de doctrina comprensivo de todas las verdades, o la existencia de una autoridad infalible". Uno de sus epígrafes preferidos provenía de Tácito: "Época extraordinariamente feliz en que es lícito pensar como se quiere y decir lo que se piensa". Paradójicamente, aquel caótico medio siglo mexicano que va desde nuestro nacimiento como nación independiente hasta la Guerra de Reforma fue, en lo intelectual, si no una "época extraordinariamente feliz" sí una época fructífera en la que nuestros tirios y troyanos escribieron, pensaron y discutieron sin cesar. Quizá demasiado.

A mediados del siglo XIX, cuando mueren Mora y Alamán, una nueva generación de mexicanos se enfrenta a la dolorosa humillación del 47 y siente que es preciso definir, de una vez por todas, el rumbo histórico del país. Los herederos de Alamán —los conservadores, aliados al ejército y la Iglesia— no ocultaban su actitud de intolerancia: su consigna era "Religión y fueros". La mayor parte de los liberales, herederos de Mora, llevaría la moderación hasta los límites posibles. Buscarían, no la fusión imposible, pero sí la conciliación, la deliberación, una vida cívica apegada a la ley y una ley que deslindara con claridad y sin violencia los territorios del César y los de Dios. Esfuerzo inútil. Obsesionada aún por la traumática experiencia de la Revolución Francesa, la Iglesia católica —en México y en Europa— se negó a ver en el proceso de secularización universal otra cosa que impiedad y lo combatió, literalmente, a muerte. El predominio de los liberales moderados en el Constituyente del 57, la sincera identidad católica de la inmensa mayoría de sus miembros, el juramento de la nueva Carta frente a un crucifijo, el cuidado extremo que tuvieron en tratar la cuestión de la libertad de credos y la situación privilegiada que acordaron para la Iglesia católica, no disuadieron a ésta de su intolerancia, de su política del todo o nada. Los ánimos se enconaron hasta desembocar, en 1858, en una guerra civil de claro trasfondo ideológico y hasta religioso. Los odios de partidos se volvieron odios teológicos. Al terminar la contienda, en 1861, los liberales moderados habían desaparecido de la escena. El turno era de los liberales radicales, los jacobinos, para quienes la cruzada antirreligiosa era más importante que la construcción de una república federal, representativa y democrática. El contagio de intolerancia se había consumado. Ahora el impulso inquisitorial correspondía a los antiguos liberales que victoriosos en la guerra empuñaban la piqueta contra toda huella existente del pasado colonial, empezando por los monumentos de "arte frailesco" y concluyendo con las más extrañas extirpaciones psicológicas: "los mexicanos —escribió Ignacio Ramírez, sin verse mucho en el espejo— no descendemos del indio ni del español, descendemos de Hidalgo".

Una consecuencia infortunada de la Guerra de Reforma fue la confusión ideológica. "La supresión de los conservadores de la historia de México —escribió Gabriel Zaid— trajo como consecuencia una especie de conservadurismo subrepticio, en el liberalismo triunfante". En efecto, por un

lado, sobre todo a partir de la era porfiriana, el nuevo Estado supuestamente liberal hizo suyo el proyecto político conservador para el cual el federalismo, la división e independencia de los poderes, las elecciones libres y la libertad de pensamiento y prensa eran anatema. El partido que apoyaba a Díaz en sus reelecciones de fin de siglo se llegó a denominar, sin ironía, "liberal - conservador". Por otra parte, el nuevo Estado continuó una tendencia visible desde tiempos de Benito Juárez (a quien Sierra llamaba "gran sacerdote de la República"): suplantó a la Iglesia en su lugar espiritual.

Pocas veces en la historia de Occidente un Estado liberal y laico se constituyó tan a imagen y semejanza del Estado patrimonialista y confesional que lo precedió como el caso mexicano. Más que imitación, se trata casi de una expropiación de funciones y símbolos. El mejor testimonio de lo primero lo da Andrés Molina Enríquez: "El señor general Díaz inauguró la política integral que no es sino la virreinal adaptada a las circunstancias, tal cual Alamán la soñó sin haber podido realizarla". En cuanto a la transferencia espiritual, basta un somero recuento. Si la Iglesia tiene santos en altares, si resguarda sus reliquias y practica la historia como hagiografía, la Patria posee héroes estatuarios en avenidas y panteones, urnas con sus restos y abundantes páginas con sus vidas ejemplares. Si en la Iglesia se enseñaba el Catecismo del Padre Ripalda, en las escuelas laicas se leía el "Catecismo de historia patria" de Guillermo Prieto. Al santoral católico correspondió muy pronto, en la era liberal, un copioso santoral patrio. La lista de paralelismos es muy larga y abarca ámbitos diversos como el arte, la educación, la literatura y la liturgia. No es casual que para Justo Sierra la historia patria fuese una especie de Evangelio, el texto sagrado a partir del cual había que crear la "religión cívica que une y unifica". Educar, en el concepto de Sierra, no consistía solamente en proveer al joven de instrumentos que le permitan prosperar, madurar, convivir. Educar era, ante todo, "despertar y consolidar el santo amor a la patria". Se dirá, con razón, que este proceso es similar al de Francia o Italia, pero se convendrá también que los acentos religiosos del caso mexicano son altamente originales.

Así fue como, sin enemigo al frente con quien discutir, con el enemigo adentro confusamente asimilado, el liberalismo político puro, original, el de aquellos hombres de la Reforma que —como bien dijo Antonio Caso— "parecían gigantes", cedió el paso a "un cuerpo de doctrina comprensivo de todas las verdades" como el que Mora había temido. Así fue como los valores que exaltaban la tolerancia, la diversidad, las libertades más amplias —sobre todo las de pensamiento y expresión—, se desvanecieron frente a una visión cuasirreligiosa de la historia patria, que recobraba con honestidad la mitad del pasado pero inquisitorialmente excluía, condenaba, anatematizaba a los conservadores y a la mitad de pasado que los conservadores genuinamente representaban. Con todo ello el nuevo Estado "liberal" logró sin duda cohesión nacional, pero a un costo muy alto: el de la inmadurez política e intelectual. Para todos los efectos prácticos, en política y en ideas, al finalizar el régimen porfiriano México seguía siendo una monarquía vergonzante, sustentada en un solo credo: el oficial.

CATECISMO REVOLUCIONARIO

Madero rechazaba el paternalismo porfiriano tanto como la

pobreza y rigidez del debate público en México. Por eso, sin ser propiamente un intelectual, escribió un libro que inspiró la única revolución democrática de nuestra historia. Su gobierno quiso acabar con el monopolio político y con el monólogo oficial, instaurar la democracia y el diálogo competitivo. Ése había sido el propósito original de los Constituyentes de 1857 que la ceguera de la Iglesia no había entendido ni aprovechado y que los propios liberales habían terminado por abandonar. Por desgracia, a la caída de Madero los viejos instintos integristas y dogmáticos resurgieron. De la lucha revolucionaria y la Constitución del 17 no nació una país republicano, representativo, democrático y federal. Tampoco una vida intelectual abierta al mundo, diversa y plural en lo interno. Resurgió desde 1920 una monarquía presidencial centralizada forzosamente hereditaria cada cuatro (y más tarde cada seis) años. Y desde ese año también, con Vasconcelos, un sacerdocio intelectual integrado al poder en labores educativas e ideológicas. En pocas palabras: una reincidencia aún más clara de la situación virreinal: un solo poder, una sola verdad.

Junto a los viejos héroes del Paseo de la Reforma, se incorporaron al panteón oficial los nuevos héroes de la Revolución. Con ellos arribaron las nuevas fiestas y ceremonias del santoral y el nuevo catecismo revolucionario - institucional plasmado en nuestra intocable (aunque zurcida, enmendada y parchada) Carta Magna. El proceso de integración silenciosa del pasado colonial tomó nuevos bríos con la actualización plena —analizada por Octavio Paz en varios escritos— del corporativismo, el patrimonialismo y la corrupción. El Estado, amo y señor indiscutido, volvió a ser, como en tiempos novohispanos "un todo ordenado y orgánico", y los presidentes, como los monarcas en la frase de Sigüenza y Góngora en el siglo XVII, "no tanto vicarios de Dios sino una imagen viviente suya". Para completar el ciclo, el nuevo Estado revolucionario asumió decididamente —en ocasiones, con acierto— funciones que en la era colonial habían sido monopolio de la Iglesia: la educación, la salud y asistencia pública, la banca.

En definitiva, a lo largo del siglo XX y sin darnos cabal cuenta, los mexicanos fuimos testigos de un inmenso proceso de trasmutación histórica: en 150 años de independencia logramos hasta cierto punto reestablecer en un Estado con ropajes liberales y revolucionarios, al viejo Estado colonial con todo y sus dos Majestades, la Corona y la Iglesia. Disentir de la sacrosanta Constitución que nos ha condenado desde 1917 a esperar todo del Estado, dueño y dador de educación, tierra, protección sindical, justicia social, tolerancia religiosa, crédito financiero, etc... es incurrir en una herejía que no se paga con la cárcel o la muerte (provenir de los Reyes Católicos no es lo mismo que descender de los zares, abreviar en las remotas fuentes neotomistas del "bien común" no es igual a profesar el marxismo-leninismo), pero sí con una suerte de sanbenito público: ser tachado con la marca infamante de conservador, reaccionario, "vendepatrias".

Nuestro sistema político da muestras diarias de este arcaísmo novohispano. La más reciente es la unión del liberalismo (con adjetivos) como la nueva religión de Estado. Por su propia naturaleza, el liberalismo recela de las ideologías e implica más bien la competencia entre las ideas. Pero si además se le cuelga el adjetivo "social", el resultado es algo peor: un contrasentido histórico, una nueva vuelta de tuerca al viejo truco que conocemos tan bien. Sólo en México es posible

ser, sin contradicción, liberal-conservador, revolucionario-institucional y ahora liberal-social. Lo otro, lo que hay que excluir, es la equivocación, el error, la "nueva reacción", el "neoliberalismo posesivo", etc...

LA IGLESIA DE IZQUIERDA

En sus orígenes anarquistas, libertarios —con Flores Magón, Soto y Gama y otros intelectuales—, la izquierda mexicana combatió a este nuevo-viejo Leviatán. Su lucha fue realmente heroica pero a la postre infructuosa. No sólo lo venció el nuevo régimen sino el avance de otros movimientos e ideologías aparentemente afines pero en el fondo contrarias, puesto que, para colmo, suponían el fortalecimiento de un Estado central: el socialismo y el comunismo. Los socialistas mexicanos partieron de una actividad independiente en los sindicatos obreros para terminar por incorporarse durante los años treinta —ellos mismos y sus organizaciones— al Estado. Los comunistas, divididos en innumerables sectas pero en general sumisos a Moscú, intentaron por varias décadas la alternativa revolucionaria infructuosamente. Por fin, a mediados de los cincuenta, la izquierda socialista comenzó a incubar una nueva base de poder, mucho más efectiva: la Universidad.

Desde su reapertura en 1910 pero sobre todo a partir de los años treinta, la Universidad Nacional Autónoma de México había sido un islote de independencia crítica frente al Estado. Gracias a hombres como Antonio Caso y Manuel Gómez Morin, la Universidad se había salvado, por ejemplo, de adoptar el dogma socialista que el gobierno impuso en casi todos los niveles educativos. En los sesenta, la Universidad había consolidado plenamente su autonomía, pero muy acorde con la época había adoptado —al menos en su ala humanística— una posición intelectual dogmática, inversa a la de los años treinta: las mil variedades del marxismo académico. Esta Universidad contestataria llevó su distancia con respecto al poder al punto de ruptura. En su crítica al Estado había un impulso contradictorio: por una parte, representaban un germen de democracia, el hartazgo social frente a un régimen anquilosado, cerrado, notoriamente antidemocrático; por la otra, encarnaban ideales menos nobles: asaltar los puestos de poder e influencia, pasar del gobierno universitario al gobierno de verdad.

La secuela del 68 hasta nuestros días reflejará esta doble cara —libertaria y autoritaria— entre los universitarios, intelectuales y estudiantes que participaron en el movimiento o que al menos simpatizaron con él. Muchos accedieron y siguen accediendo gustosos a subir al "Carro completo" del presidente en turno. Pero otros comprendieron la aguda observación de Cosío Villegas: "la vida política actual de México ha llegado a un grado tal de convencionalismo, que nada urge tanto como devolverle su sentido real, verdadero y desnudo, y el buen éxito de esa empresa exige mucho más trabajar fuera que dentro del gobierno". En este sentido, la represión contra el *Excelsior* de Julio Scherer —un diario en verdad independiente— fue un parteaguas: provocó, como reacción inversa, el surgimiento de varias publicaciones (*Proceso*, *Vuelta*, *Unomásuno*, *Nexos*, *La Jornada*) que constituyeron desde entonces una zona libre de servicio al público lector.

Todo lo cual debió inaugurar, al menos en teoría, una nueva era —o, más bien, una era inédita— de discusión abierta, de tolerancia, diversidad, pluralidad en la vida pública

mexicana. No ha ocurrido. Es cierto que no hay comparación entre la libertad política efectivamente ejercida hoy, digamos, y la de 1968. Pero el ansiado fin del virreinato mental que hemos llevado a cuestras es un capítulo pendiente. Valores intelectuales como la fundamentación, el elemental respeto a los hechos, el rigor, la claridad, la pulcritud intelectual debían desplazar por fin al dogmatismo, la pontificación, las metafísicas fáciles, el pensamiento gaseoso, el moralismo sentimental e impráctico, la ortodoxia política de cualquier índole (sobre todo la estatista). La búsqueda de la verdad debía archivar para siempre al "rollo". No ha ocurrido. Así como el sistema político obstruye nuestra madurez política, el sistema ideológico de la izquierda obstruye, hasta ahora, nuestra madurez intelectual.

¿No era clara y segura la lección de la izquierda española que supo virar hacia valores liberales antes del derrumbe del comunismo y así conservar no sólo el poder sino el sentido de realidad? Así era, así es, pero en México, por desgracia, el virreinato mental pesó más, pesa más. La exacerbación ideológica es la enfermedad senil de nuestra izquierda. Por impopular que sea afirmarlo, esta izquierda proveniente de los sesenta—activa y actuante en diarios ciudadanos, en universidades públicas y en algunos partidos de oposición—no sólo no rompió con aquellas viejas costumbres intelectuales del Virreinato que no ayudan a la convivencia inteligente sino que, con raras excepciones, las sigue reproduciendo y encarnando.

La buena fe, la honestidad, la brillantez y la auténtica preocupación social de muchos militantes, editorialistas, escritores no está a discusión. Lo que está a discusión es su dificultad para confrontar sus dogmas con la realidad. Lo que está a discusión es su incapacidad para discutir.

EL CONCILIO DE NEXOS

La palabra viene de "Concilium" ("cum", con y "calare", llamar, proclamar) e históricamente quiere decir "asamblea de obispos unidos entre sí". Las palabras mágicas pronunciadas en todos los concilios de la antigüedad eran "ego consensui et subscripsi". El consenso era a la vez diacrónico y sincrónico: con los dogmas en la antigüedad y entre los obispos en el presente. Los motivos principales para la celebración de un concilio eran la afirmación de la fe y la persecución de la herejía. Así, en 268, el Concilio de Antioquía combatió a Pablo de Samosata, el de Nicea (325) a la herejía trinitaria, el de Constantinopla (553) a los autores cristológicos. Así también, otros concilios como el de Efeso (431) y el primero de Constantinopla (381), completaron elementos del Credo.

El Coloquio de Invierno fue un auténtico concilio en su formato y su substancia. En vez de proponer la discusión entre puntos de vista distintos y aun opuestos, se privilegiaron los rosarios de homilias similares entre sí pero debidamente jerarquizadas: ponencias de los clérigos menores, "conferencias magistrales" de los obispos. Nada mejor para la nueva representación del antiguo *magister dixit* que un recinto universitario protegido, sellado contra la sacrilega intrusión de una idea distinta, de una opinión disonante: una voz, un mensaje, un aplauso unánime. Más de 400 000 dólares fructíferamente gastados para que los elegidos se escucharan a sí mismos y nos informen, a través de la prensa, de cómo uno a uno se pronuncia por el dogma que los vincula y contra la herejía que los acecha. "Ego consensui et subscripsi" que los llamados

"grandes cambios de nuestro tiempo" no son tales ni afectan la infalibilidad de la doctrina que por largas y penosas décadas se ha profesado en las aulas de nuestra pontificia universidad. "Ego consensui et subscripsi" que, como predicaba Pío IX, la fuente de todo mal, la herejía del siglo y de todos los siglos, es la libertad individual en todas sus variantes: de conciencia, de mercado, de comercio, de sufragio y sobre todo de opinión.

Frente al Concilio de Nexos, el Encuentro Vuelta fue un ágora, como podrá comprobar cualquier lector que hojee los libros correspondientes que circulan bajo el título de *La experiencia de la libertad*. Pero hay una comparación más provechosa por tratarse de una reunión académica: me refiero al congreso que hace unos meses organizaron FLACSO y la Universidad de Guadalajara.

Lo llamaron "Transiciones a la democracia en Europa y América Latina", y sus mesas y discusiones coincidieron con el título. Del Este vinieron varios actores políticos activos, no ideólogos, personas de distinta filiación que nunca habían venido antes y que por ello traían un mensaje plural y fresco. En contraste, inolvidablemente, el Concilio de Nexos invitó a un solo representante del Este, nuestro viejo conocido Giorgi Arbatov, cartucho inteligente pero quemado de la Era Breznev. De América Latina vinieron varios estudiosos que no conocían nuestro país, voceros de las más diversas tendencias: desde demócratas cristianos hasta socialistas y comunistas. En cambio, el Concilio de Nexos operó de acuerdo con los criterios contrarios: entre más vistos, repetitivos y semejantes, mejor. ¿Cuántas veces han venido a México los intelectuales latinoamericanos que invitó Nexos?

En el Congreso de FLACSO—U de G la representación mexicana cubrió a lo ancho y lo largo nuestro espectro intelectual y político. Hubo representantes del PAN, el PRI y el PRD; de *Proceso*, *Nexos*, *Vuelta*, *La Jornada*, *Excelsior*, *Unomásuno*; de la UNAM, la UAM, el Colegio de México, el CIDE y, desde luego, pero no prominentemente, de las instituciones anfitrionas. El contraste con el Concilio de Nexos es claro: no sólo excluyeron a quienes los habían incluido en anteriores encuentros, sino que excluyeron a varios de los más distinguidos profesores universitarios: Leopoldo Zea, Edmundo O'Gorman, Abelardo Villegas, Gastón García Cantú, Luis González y González, Carlos Bosch y un largo y vergonzoso etcétera. Con todo, la diferencia mayor entre aquel modesto Congreso de Guadalajara y el Concilio de Nexos fue de naturaleza moral e intelectual: aquél servía al conocimiento, éste al poder.

HEREJÍA SIN HEROÍSMO

Sería maravilloso que los celosos guardianes de la herencia inquisitorial, integrista, corporativa, patrimonialista, escolástica, proteccionista, conservadora, revolucionaria-institucional, estatista, filomarxista quisieran discutir en un espacio abierto. Sería el primer caso en la historia mexicana. No es sencillo ni probable que ocurra, porque en la naturaleza de su actitud intelectual no está la tolerancia de la opinión ajena sino la voluntad de acallarla. Tampoco la curiosidad inquisitiva sino la imperiosa inquisición. Frente a la santa alianza del Estado y el letrado no queda más camino que una gozosa, consciente e impenitente herejía, pero de una herejía sin heroísmo: los valores que propone son los mismos que defienden las mayorías en nuestro mundo y nuestro país. □